



ANTROPOLITOS Y ZOOLITOS INDÍGENAS

POR

B. SIERRA Y SIERRA.

El antropolito de Mercedes (R. O.)

(N.º 1)

Unico ídolo de piedra de los indígenas o aborígenes de estas regiones, hasta ahora descubierto, será descrito y monografiado en el siguiente capítulo.

Desde ya, algunos amateurs uruguayos (porque en verdad no tenemos en el país profesionales de arqueología), dudan, como se verá, no de la autenticidad del fetiche, porque está allí en las vitrinas del Museo Nacional, cual si fuera un calicanto, sino de su procedencia: en vez de oriundo, en vez de autóctono, en vez de chaná, por haber sido habido en Soriano (Uruguay), lo consideran factura extranjera: misionera, calchaquí, peruana, etc. Más: después de conocida la preciosa obra escultural, en poder del doctor A. Gallinal, en figura de *ornitolito* de Balizas, que ratifica la adquisición del señor Figueira en 1885, de indiscutible origen, ambas, atlántico-oriental-uruguayense, no puede dudarse que los escultores prehistóricos, protohistóricos o históricos de estos territorios, han sido capaces de tallar el antropolito o estatua que nos proponemos examinar, máxime cuando la descripción del antropoide dirá cuán inferior es artísticamente, al *ornitolito*.

Ese idolillo tiene cincuenta centímetros de alto, y por lo

mismo mayor que las estatuillas estudiadas por Bomán; y aún más, que el ídolo en estalactita citado por el mismo autor y de 20 pulgadas de altura. Luego como estatua es la máxima de las mencionadas en el presente estudio.

No puede creerse que los fetiches de los indios uruguayos sean de época histórica, puesto que, entonces, contando con formones, sierras, taladros, cinceles, etc., etc., de acero toledano, como utilizaron tales instrumentos los guaraníes, "misioneros", hubieran labrado estatuas de madera, como éstos; o hubieran adquirido imágenes de procedencia europea, después de convertidos al cristianismo, como cambalacharon chirimbolos, petates, chismes y baratijas de toda clase.

Luego, las esculturas pétreas que hemos de estudiar, son por lo menos protohistóricas, si no prehistóricas.

Por lo tanto, ni hay que suponer que el escultor precolumbiano contara con *herramienta metálica*; fatalmente los adinículos del tallador preamericano, fueron todos de piedra...

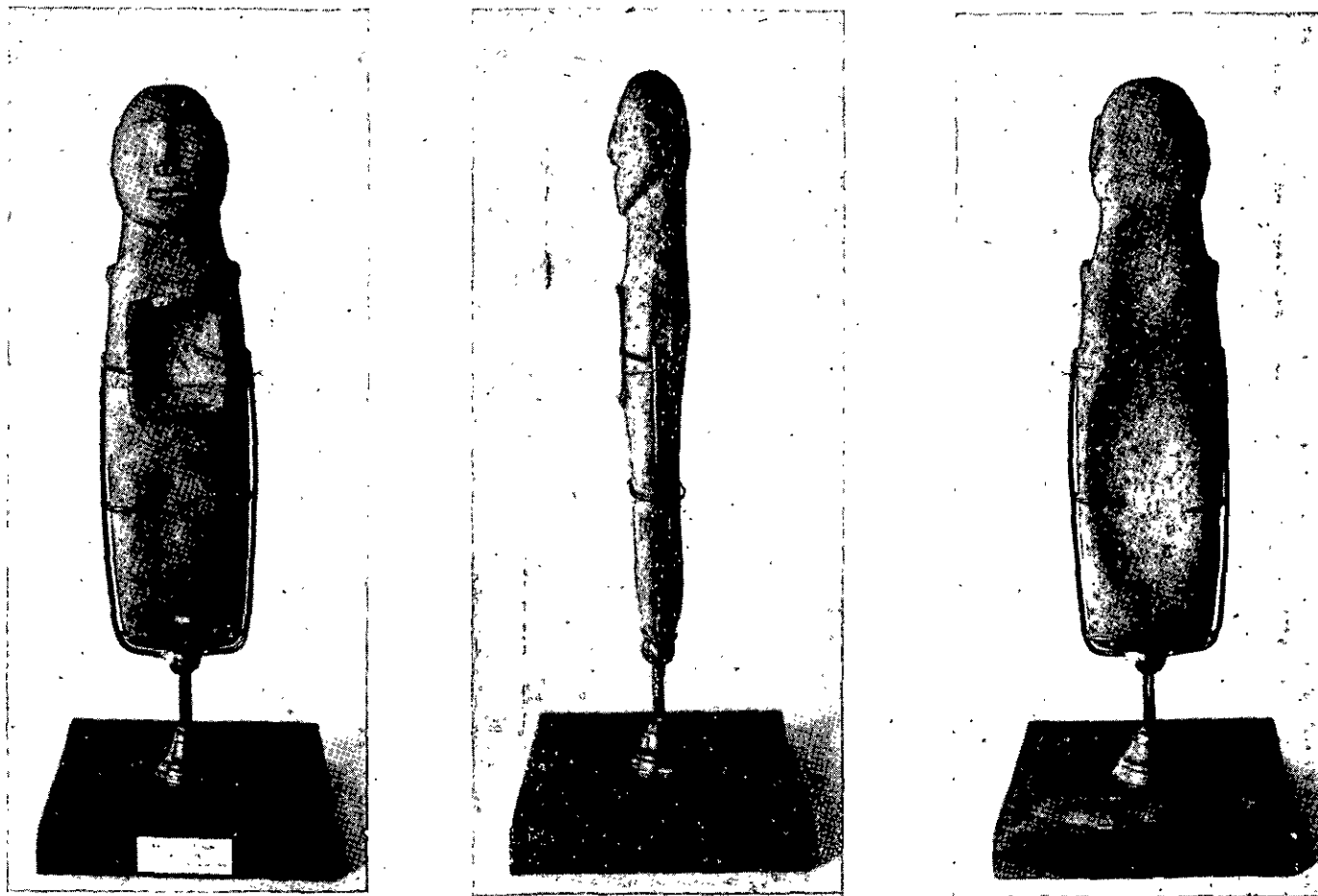
Las piezas antropomorfas y zoomorfas, grabadas, modeladas, contorneadas, fueron producción entonces de buriles, cinceles, etc., todos pétreos...

En este caso es doblemente admirable el tallado de cuerpos, órganos y detalles donde la línea, la onda, los trazos, la forma, son netos, firmes, acabados, y siempre impresos o ejecutados con "herramienta" de piedra...

¿Qué minerales apropiados proporcionaron instrumentos al tallador primitivo?

Los que producen o forman filos cortantes, acerados, tales como el cuarzo, sílice, obsidiana, etc., etc. ¿Y el nombre de estos aparatos? Lo conocemos: escoplos, buriles, formones, taladros, etc., y hasta el clásico cuchillo..., todos de piedra, insistimos.

Claro está que, el escultor de estatuas las "vacía" siempre en minerales blandos, es decir, cortables, grabables, burilables, mondables... Pero, con todo: hay arte, hasta podría



No. 1 (1/4 del tamaño natural). (Clisés cedidos gentilmente por la Dirección del Museo de Historia Natural)

decirse, *técnica*, en la escultura autóctona uruguayense. No obstante eso, el ídolo *antropoide* que posee el Museo Nacional, y de cuyo descubrimiento me ocuparé más adelante, es una obra tosca, casi deforme, como se verá.

Es verdad que, como lo ampliaré a su tiempo, el amuleto tiene alas; pero, estos apéndices, si bien lo alejan de los "ángeles" patudos, lo acercan, en cambio, a los serafines, espíritus a fin, como los que animan a los hombres.

El mayor ancho o grueso de esta estatua está en el pecho: catorce centímetros, aunque en la parte inferior llega a doce; por lo mismo que, el bloque que la constituye, es de dimensiones casi uniformes: en ninguna parte llega a cinco centímetros de grueso. Por lo mismo, resulta un "ídolo aplastado".

La cabeza (cráneo y cara) es grande: quince centímetros de largo (casi la tercera parte de la altitud de la estatua); luego, monstruosa cabeza.

Pero, el cráneo es chico, verdaderamente microcéfalo: cuatro centímetros. En su lugar, la cara, tarascona, fenomenal: once centímetros de arriba abajo y nueve de oreja a oreja.

La nariz no es desproporcionada; largo: cinco centímetros del entrecejo a la punta; ancho en los pulpejos nasales: dos; bien conformada, único órgano correcto de este rostro sin fisonomía.

Los cornetes sumamente planos, formando un caballete casi griego.

Las narinas visibles, pequeñas, poco profundas.

La boca, separada de la nariz por un espacio plano, de doce milímetros de ancho. La abertura bucal, de comisura a comisura, es de tres y medio centímetros.

Los labios, apenas entreabiertos, finos, idénticos, fileteados, inmóviles...! más propios de reptiles que de una figura humana.

Luego, la boca, como la nariz, como el cráneo, son pequeños en relación al tamaño del ídolo. En cambio, la efigie resul-

ta propiamente "carona", por la gran extensión del rostro, chato, como todo fetiche y como casi todas las esfinges prehistóricas.

Esta cara tiene forma ovalar, siendo casi tan ancha como larga, por lo mismo semejante a una luna poco menguante.

Las orejas también son grandes, comparadas con los otros órganos de la cara: cinco centímetros de largo por tres y medio de ancho. Por eso los observadores fisónomos del ídolo han creído ver en éste la representación de senectud, solamente porque aparece un tanto "orejudo", lo que ocurre, dicen, con ciertos nonagenarios o centenarios. Dice el célebre arqueólogo argentino doctor Adán Quiroga, que los ídolos diaguitas no tienen orejas.

Luego, el antropolito mercedario del Uruguay no es calchaquí, porque las tiene y muy grandes.

Tampoco tiene aspecto de peruano, ni azteca; ¿será, pues, chaná...?

Sin embargo, representaría muy bien (el ídolo), a un "tubichá" de las tribus que los conquistadores motejaron de "orejones" por el descomunal tamaño de los cartílagos auriculares.

Se destaca en relieve el bórde de la oreja, separado del antitrigo y del conducto auditivo por un surco. El trago es muy pronunciado y avanza hacia la cara.

Este ídolo antropoide no tiene ojos, y no tiene, porque el escultor no quiso hacérselos..., ya que ha dejado vencidas dificultades mucho mayores. Luego, por esta parte, el dios *mítico indiano* representaría a Cupido, suponiendo a los americanos primitivos en conocimiento de la mitología romana; pero, un Cupido desgarbado, antiestético, que no podía nunca, ni aún entre salvajes, representar el amor bello...!

Los arcos supraorbitarios están bien señalados, repulgados o repujados, teniendo cada uno tres centímetros de extensión; pero, sin formar órbitas; las hendeduras que pudieran repre-

sentarlas, se prolongan, bordeando el caballete hasta la boca, ocupando el lugar de los pómulos y mejillas, que no existen...

El pecho, como se ha visto, es amplio, y en él ha abierto el artista el tradicional pocillo, que puede creerse simboliza algo más que el prosaico uso de pebetero.

Es lógico, pues, que si el hombre salvaje de América ignota, veneraba o reverenciaba sus dioses idolátricos, no destinara sus imágenes a menesteres casi innobles...

Por lo tanto, cabe suponer que dicho recipiente o emblema tenía un significado que hasta ahora se desconoce. Y esta "entraña" es regularísima, casi geométrica y de grandes dimensiones proporcionalmente: ocho y medio centímetros de largo, siete y medio de ancho y uno y medio de profundidad.

El ídolo tiene alas... o aletas, hemos dicho; por lo mismo carece de brazos, como la Venus de Milo...! Estas alas son pequeñísimas, embrionarias, pero son por lo menos aletas o alitas...

No tienen nervadura, envergadura o esqueleto; su longitud, seis centímetros; el ancho, dos milímetros. Por lo mismo, por su forma y dimensiones, no puede creerse que tales "costurones", que no son por cierto *muñones*, representen brazos...

Quedan algunos detalles que rever en el ídolo que estudiamos, más por el simbolismo que puedan encerrar que por el trabajo escultural secundario que representan, el que sería asaz mediocre.

Las depresiones o desgastamientos que representa la estatua por su parte posterior, son dos, tan extensas como llanas: empiezan en la nuca, es decir, a los cuatro centímetros de la *mollera*, por lo mismo que el cráneo sólo tiene cuatro centímetros de altitud arquedolicocéfalo y terminan a los cinco centímetros del borde inferior de la piedra con una sola solución de continuidad, consistente en un puente o cintura de x mm de grueso.

Luego, entre ambas hendeduras abrazan cuarenta centímetros de los cincuenta que tiene el bloque total.

Imposible que estos horadamientos de forma rigurosamente oval o elipsoidal y de muy pocos milímetros de hondo, hayan servido de desgastadores de bolas, como en otros muchos utensilios del obrero prehistórico, y mucho menos para diluir menjurjes, como en los *pebeteros*. Lo primero, porque no es razonable suponer que, un *amuleto* o *ídolo* con todo su significado mítico o místico, lo destinara el hombre primitivo a usos innobles, por incierto que fuera su fanatismo o superstición...

Que sirviera de *pebetero*, es decir, de *manoseo*, tampoco es creíble por las causas expresadas, porque no lo permiten sus condiciones intrínsecas; son opresiones físicas pero no oquedades; más bien representan las curvas naturales del tronco humano.

Entonces, ¿qué oficio han tenido estos *platillos* escrupulosamente trazados por mano casi geómetra?...

Simbolismo, simbolismo indescifrable, como otros muchos signos o problemas de la estatuaria proto o prehistórica.

Desde una axila a la otra de los supuestos brazos (más bien omoplatos, como en otras estatuas) que hemos llamado también alas o "alitas", recorre por todo el borde de la parte media e inferior del bloque que constituye la estatua, una ranura casi uniforme, esmeradamente hecha, que parece surco de sustentación; con quince milímetros de ancho.

La profundidad (si la profundidad se mide por milímetros) es muy poca...

Luego, el filamento vegetal o animal que ocupara en dicha ranura el lugar que hoy ocupa el alambre metálico del pedestal en que se haya erguido el antropolito, sería delgadísimo: por lo mismo no constituiría lazo de suspensión... Pero, para el conveniente transporte de la esfinge deiforme, ya que no andas ni angarillas, se estilaría un estuche o saco que no sería sino de cuero... ("quillango", "toropí").

El mineral de que se ha construido el ídolo es, seguramen-

te, granito: granito compacto; por lo mismo, se habrá tallado con relativa facilidad. Sin embargo, el pulimento no es esmerado ni se ha bruñido, por más que todo el objeto ha sido alisado. Podría ser el granito criollo de las inagotables canteras de la Colonia y Conchillas, con incrustaciones de cuarzo blanco, que recuerda la variedad llamada *pecmatita*, granito aborotado cuyos cristales hialinos simulan caracteres hebraicos o arabescos. Así aparecen en el idolo numerosos lunares... blancos...!

La suposición de que el material de construcción de la estatua hubiera sido habido en la misma región donde apareció el antropoide, conduciría a la hipótesis de que la tal escultura fué practicada por las tribus radicadas en aquellos parajes, los chanáes, por ejemplo; pero, para cálculos alegres... basta...!

La historia legendaria del antropolito de Soriano la hizo de su puño y letra el doctor Saturnino Camps, en una carta descriptiva que obra en los Archivos del Museo Nacional. De esa carta extracto los siguientes párrafos:

“Un hombre de apellido Lozada, dice el doctor Camps, nos presentó al doctor Herrera y Espinosa, Ministro de Relaciones Exteriores y a mí un *muñeco de piedra*, según él, y según el doctor C. Berg, un *ídolo*, cuando tuvo ocasión de examinarlo.

“Esta piedra, dijo Lozada, la desenterraron mis hijos del medio del camino que conduce al Paso del Arroyo Bequeló, a cinco kilómetros de esta ciudad” (Mercedes). El señor Camps hizo algunas excursiones por el lugar de la aparición sin resultado alguno al respecto.

Ese ídolo que Lozada regaló al doctor Camps con todo desinterés, a su vez lo cedió al doctor Julio Herrera y Obes, a la sazón Presidente de la República.

El doctor Herrera consintió que el *antropolito* se exhibiera en la Exposición Histórica Americana de Madrid (1892), y quedó por fin en el Museo de Historia Natural hasta ahora.

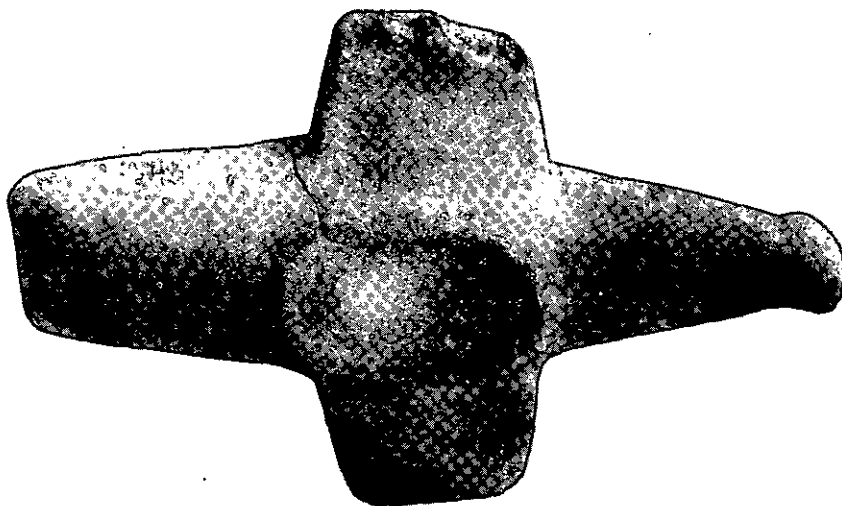
“El muñeco de piedra”, *ídolo* o *antropolito* llegó a manos del doctor Saturnino A. Camps el 19 de abril de 1891.

Ornitólito de El Polonio

(N.º 2)

Esta interesante pieza, de cuyo patrón existe en las vitrinas del Museo un buen símil, fué el primeramente conocido de nuestros zoolitos o "animales de piedra", y lo obtuvo el señor José H. Figueira por el año mil ochocientos ochenta y tantos en El Polonio (Dpto. de Rocha).

Dicho ornitolito figuró en la Exposición Histórica Americana de Madrid con motivo del 4.º Centenario del descu-



N.º 2

brimiento de Colón, con la denominación de "Ornitólito" del Polonio.

Hoy pertenece, como toda la Colección Arqueológica Indígena de Figueira, al doctor Alejandro Gallinal.

Este importante— aunque no acabado—*zoolito*, es el más amplio, o de mayores dimensiones de "los pájaros de piedra" uruguayenses: mide, pues, *cuarenta y cinco centímetros* de lar-



go, desde la frente hasta la línea truncada de la cola, término natural de la planchuela de loza arenisca en que está vaciado el animal mítico.

Cada ala o aleta, porque sería difícil construir regímenes de piedra, tiene catorce centímetros de extensión.

El pocillo, horadamiento o pebetero (que evidentemente lo ha sido), ocupa el vientre del ave y como está abierto en la parte más ancha del cuerpo, tiene siete centímetros de ancho por diez de largo y medio de profundidad. Esta concavidad es casi paralelepípeda, con fondo un tanto cóncavo, y las aristas o bordes del pocillo, de las dimensiones expresadas.

La cola es una palmeta de doce centímetros de largo, casi tan ancha como el cuerpo, y con tres y medio centímetros de espesor.

El cuello tiene diez centímetros de longitud por catorce de latitud en su parte más amplia, y sólo tres y medio en la golilla o garganta, la que es contorneada.

El cráneo es abovedado y de poquísima extensión, con relación al ave.

El pico sólo tiene uno y medio centímetro de largo, pero es perfectamente característico: encorvado, sin láminas ni dientes en los bordes.

La depresión que presenta en el dorso está tan poco pronunciada, que quedan esfumados sus contornos; asimismo puede apreciarse en quince centímetros de longitud; siete de latitud y algunos milímetros de profundidad. Este tenue horadamiento puede tener por causa no haber querido el operario debilitar la placa, arenisca, y de suyo delgada, en que está esculpado el ornitolito.

La boca está señalada por una línea en óvalo o elipse que pasa por el pico y tiene cuatro centímetros de extensión. Es original que habiéndose hecho uso de "creusement" para delinear la boca, esta ave de piedra resulta ciega, pues no tiene órbitas, ni párpados, ni globo del ojo...

Unicamente el pico, la cabeza y el cuello, simbolizan este peregrino ejemplar ornitomorfo.

El pico, característicamente contorneado y corvo, se ha dicho; el cuello esbelto; el cráneo, aunque pequeño dolicocefalo, representan bien y fielmente al "pájaro de piedra".

Las demás partes, es decir, el tronco, las alas y la cola (verdaderas paletas pétreas), se asemejan más a los remos de los mamíferos que a la barquilla y plumas remeras y timoneras de las aves. Será por esto que, para naturalistas muy distinguidos (aunque no arqueólogos) estos *zoolitos-ornitolitos* pudieran ser *lacertolitos*, nombre que me permito darles a los "*lagartos de piedra*" porque no he encontrado en mis lecturas ningún otro con qué designarlo. Pero no:

El "pájaro de piedra" es evidentemente *un ave de piedra*, o un *ornitolito*: genuino, manifiesto, patente.

En algún capítulo de arqueología uruguaya había mencionado ya el ejemplar zoomorfo que perteneció al señor Figueira, porque lo conocía *de visu*; y he dicho que parecía un "gaviotín", una de nuestras cuatro especies de *sterna*.

Hoy que he tenido ocasión de describirlo, sigo creyendo como antes, que el indio escultor costanero, charrúa, guenoa, minuano o arachán, tomó por modelos para su ave mítica, el gaviotín, el mensajero graznador, empecinado, que se cierne sobre los transeuntes de nuestras playas atlánticas, y que, cual el teru-teru, si tiene nido o polluelos que guardar, embiste al hombre.

El "ave de piedra de El Polonio", presenta, como he dicho en otra ocasión, la misma silueta del *ave de tierra* (mound-simbólico) que yo descubrí en el Valle de Balizas entre el Lago y la Ensenada de Castillos.

Ornitolito de Balizas

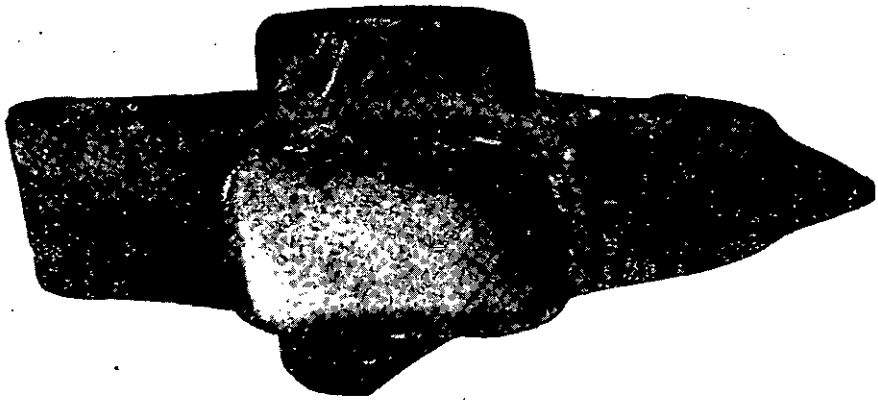
(N.º 5)

Por los años noventa y tantos aparece nuevamente en la Mesopotamia de Balizas, es decir, entre el Lago de Castillos y

el Canal Prehistórico de Balizas, un estupendo *zoolito-ornitolito* que forma parte hoy del incomparable Museo Arqueológico Indígena del doctor A. Gallinal: se lo vendió don D. de Arce con toda la colección.

Esta preciosa pieza o joya, correspondió antes a la colección de don Domingo de Arce, hoy refundida en la anterior.

En esas Mesopotamias (porque dos son las privilegiadas) aparecerán algún día, si no nuevas Pompeyas y Herculanos, si Nuevas Palmiras, que surgirán de las arenas que invaden todo aquel litoral marítimo.



No 3

Hasta ahora son excepcionales, son originales los zoolitos que han aparecido en territorio uruguayo; pero dado que, cual en la Mesopotamia bíblica, en las nuestras fueron unos de los primeros hombres quienes poblaron las regiones atlánticas-orientales, seguirán apareciendo monumentos, "ninvitas-uruguayenses...!"

También debo al doctor Gallinal las finezas que me prodigó, compartiendo personalmente las tareas de la siguiente descripción. Solicitaré de este pródigo compatriota un facsímil para el Museo Nacional, que hará "pendant" con el que

representa al zoolito de El Polonio, y aumentará la colección de "maquettes" donadas por el señor Alvariza.

El espléndido ornitolito es una acabada obra de arte estatuaria: nada más prolijo en su género, nada más perfecto en formas y condiciones de que se tenga conocimiento en la escultura petrolítica prehistórica uruguaya.

En un esquito relativamente duro, el tallador precolombiano ha esculpido un ave magnífica, que recuerda, si se deja jugar a la fantasía, al ave del paraíso, hasta en el hecho de que carece de patas, como la paradisíaca.

El ave que representa este singular ejemplar zoomorfo está patente: la cabeza está *cantando*; el pecho es turgente; el cuello "buchón"; el pico, un verdadero pico, aunque chato por la mandíbula inferior, a la vez que abovedado por la superior.

El copete o moño, está constituido por cuatro protuberancias a modo de filetes, separados por tres anfractuosidades, tan regulares las unas como las otras, de una longitud común de seis centímetros. Estas franjas en relieve y franjas en hendidamiento, ocupan toda la parte superior del cráneo, extendiéndose por toda la frente.

No hay duda que el escultor quiso imitar el copete de uno de nuestros pájaros de pico voluminoso: el *martín pescador*, por ejemplo.

La planchuela de piedra en que está labrada este zoolito, es casi del mismo largo de la que forma el otro *ornitolito* "*balicero*", descrito anteriormente; pues si éste pasa poco de cuarenta y cuatro centímetros, el otro apenas llega a cuarenta y cinco.

El "eclat", esquitoso del ejemplar que se estudia, es, en cambio, menos ancho; pero más espeso que el pedruzco arenisco que constituye al otro: éste tiene de ancho diez y nueve centímetros, y de grueso, seis.

La cola apenas representa $1/5$ o $1/6$ del bloquecillo, lo que

no llamará la atención, pues, como se observará, nuestros artistas prehistóricos dejaban para la cola, o más bien para la aleta caudal, la parte que sobra del guijarro, o no se preocupaban de ella... Luego, en concepto de aquellos "Morettis" ancestrales, todas las aves eran perdices, por lo rabonas...

Lo que debiera ser la abertura bucal, está señalada por una huella profunda, que delinea sencillamente el pico, y se extiende por cada lado de la cara, tres centímetros.

Las alas, como la cola de los ornitolitos hasta ahora conocidos en el Uruguay, son más propiamente aletas, porque son como ha querido que sean el canto de que están formadas.

El cincelador fantaseó en la cabeza, en el copete, en el cuello, etc., no se acordó de imitar plumas remeras ni timoneras, lo que no hubiera presentado mayores dificultades que las que era capaz de vencer el buril indiano...

Por eso, puede creerse que el artista prehistórico se inspiró, para estas creaciones, como los mitologistas para concebir la sirena: medio cuerpo bello de mujer; el otro medio, apenas adornado de aleta caudal, ventral, anal y escamas...!

Los ojos de este pájaro de piedra, están diseñados por circulillos que dejan en relieve globulillos aplastados del tamaño de granos de lentejas. Estos ojitos, como se ve, no guardan proporción con el tamaño adjudicado al animal pétreo.

Se encuentran colocados a siete y medio centímetros del pico, y, teniendo éste tres y medio de largo, resultan las mandíbulas muy extendidas, y por lo mismo prognatas. Finalmente, el pulimento es esmerado y uniforme; con tonos y sombras donde parece que hubieran influído materias aceitosas...

Lacertolito de San Luis

(N.º 4)

Los antropolitos y zoolitos son escasos: (mamíferos, aves y reptiles); abundantes en cambio, en vasos de cerámica exótica. Excepcionales también los grabados en metales, figuran-

do entre estos últimos algunos ictiolitos, como el "poisson en argent", encontrado en las Islas Chinchas, y que aparece en la gran obra *América-Prehistórica*.

Los zoolitos propiamente *mamamorfos*, (barbarismo) y los ornitolitos, como también las formas de reptiles, figuran en las construcciones de tierra de los mounds-builders norteamericanos, pero, en escultura en piedra, no había encontrado hasta ahora, el que esto escribe, ninguna pieza que los representara (a los reptolitos)?

Sin embargo, al examinar la colección del doctor Gallinal, — que en poco tiempo ha llegado a ser quizá la primera del país — la misma que generosamente ha puesto a mi disposición para su estudio, lo que agradezco, como debo, puesto que



No 4

sin ella no hubiera podido redactar estos capítulos, he encontrado un "zoomorfo", que me he permitido clasificarlo como un lacertolito (neologismo) que, es, a mi leal saber y entender, la efigie del *yacaré* ... en miniatura.

Es verdad que el arqueólogo prehistoriador Rodolfo Cronau describe un aligátor entre los mounds simbólicos de los EE. UU. de Norte América, nombre genérico de este grupo de animales.

Pero, queda dicho, el aligátor o caimán de Cronau, es de tierra, aunque tenga el esqueleto o armazón de piedras... Antitéticamente, el *mound-aligátor*, es un monumento monumental, es decir, monstruoso; pues tiene ochenta metros de largo; trece de ancho, y un metro 75 centímetros de alto.

Nuestro *yacaré de piedra*, está vaciado en pedrusquiño de asperón ordinario, que apenas tiene veintitrés centímetros, por ocho y medio de diámetro, porque afecta el muñón petroso una configuración cilindroidea.

¿Por qué el caprichoso escultor antecolombiano adoptó o eligió un despreciable guijarro feo, grotesco, rústico, frío...? Seguramente porque su inspiración de artista le sugería que debiera modelar un animal repugnante, antipático, cruel, feroz, taimado...!

Sin embargo, los *ornitolitos* que quedan descritos, son de tamaño mayor que los pájaros a que sirven de símiles; y el *yacaré* que examinaremos, es una verdadera miniatura comparada con el monstruoso cocodrilo americano, que viene a representar.

Helo aquí: El trozo arenisco donde se ha esculpido el excepcionalísimo ejemplar zoomorfo que simboliza el *yacaré* o *caimán*, solamente tiene, queda dicho, veintitrés centímetros de largo; ocho y medio de alto (porque es comprimido verticalmente, lo que no se explica lógicamente; puesto que pudo imprimirse, a este lacértido, la forma aplastada que por naturaleza tiene).

La cabeza (cráneo y hocico) ocupa como en todos los cocodrilos, casi la 1/5 parte de la longitud del cuerpo entero.

El cuello corto (uno y medio centímetros); pero fornido, casi tanto como el tronco.

La boca está señalada por una línea curvilínea que, de comisura labial, mide ocho centímetros, destacándose por lo mismo dos grandes mandíbulas en forma de abultado hocico. La mandíbula inferior es plana; la superior un tanto arqueada.

Las aletas o crestas dorsal y ventral, son peculiares de los hidrosaurios: no espinosas, como las de los peces; sino escamosas, petrosas. Estas protuberancias tienen una extensión uniforme de seis centímetros y cuarto.

Sobre el lomo y bajo el vientre que tienen cuatro centí-

metros de ancho, se destacan las mencionadas aletas de medio centímetro de alto.

La cola, no es otra cosa que el extremo inferior del trozo donde está esculpado el yacaré: no presenta anillos córneos ni escamas, ni siquiera la forma cónica del rabo de los lacértidos. Si termina en punta más o menos aguda, más o menos filosa, se debe a que el toco cilindroideo del pedrusco, se ha roto...

También este zoolito lleva consigo el generalizado *pocillo pebetero* de esta especie de *ídolos-fetiches*.

Pero, cosa rara; a la vez explicable: en lugar de estar colocado en el vientre, o en lomo, está el *pebetero* en un flanco del cuerpo del animal; es decir, en el costillaje... Luego, para ser utilizado el "menjurjero", debió colocarse al *yacaré* en decúbito lateral...

Dicho pocillo es muy amplio con relación al canto en que fué abierto. Las dimensiones son: siete y medio centímetros de largo, cinco de ancho, y dos y medio de profundidad: por lo mismo, paralelepípedo.

Este interesante reptolito (1) apareció en los túmulos de San Luis por los años mil ochocientos ochenta y tantos.

Zoolitos riograndenses

Redactada ya gran parte de estos estudios prehistóricos, llegó a mis manos la "Revista Paulista", de que fué sabio Director Von Ihering, y en ella (tomo IV), el profesor J. Paldaof publica breves pero interesantísimas biografías de un *ictiolito*, un *ornitolito*, y otros zoolitos, aparecidos en el Estado de Río Grande del Sud, que gustosamente me propongo incluir,

(1) El célebre arqueólogo Boman, con la cooperación del arqueólogo Greslebín para los dibujos, ha escrito sobre alfarería estilo dracónico, cerámica grabada y pintada y hasta típica; aparece en todas ellas, un dragón: son por lo mismo, familia de las iguánidas; clas: de los reptiles.

en resumen; figuran también en la Revista las estampas respectivas.

Tomó a su cargo el mencionado arqueólogo Paldaof, el estudio de la copiosa Colección de los Hermanos Barbedo, existente en la ciudad de Porto-Alegre, y recolectada en el *Estado Paucho*, en los "Sambaqués" de la costa atlántica, mayormente.

En primer término un zoolito auténtico, aunque un tanto informe, y sin embargo, semejante, muy semejante al aparecido en este país (Uruguay) y conocido por el mote de "pájaro de Figueira". Sólo sí, que el de que se trata tiene la cabeza y pico rectos y terminados en una punta, que más se parece a una cuña piramidal que a un pico de ave.

Las aletas y más el extremo inferior de la placa pétreo (¿cola?) son muy anchos. El clásico *pocillo* o *pebetero* ocupa casi toda la parte central de la piedra. Sin embargo, deforme y todo, es indiscutiblemente una pieza zoomorfa rústica...

(N.º 5)

Otro zooso (barbarismo) que tiene forma de pez, y sin embargo no puede decirse *ictiolito* (si esto quiere decir pez de piedra), porque el "piscis" de que se trata es de hueso, de sesenta milímetros de *comprimente* y hábilmente trabajado.

El pez de hueso, según las dimensiones, es pequeñísimo; no obstante eso, su silueta se asimila más a los mamíferos anfibios (sirenios) sudamericanos, que a los peces.

(N.º 6)

Una "pomba", hacen decir a Paldaof, en la lengua de Camoens; una paloma, parodiaré en la de Cervantes. Esta colombina, lo mismo pudiera ser un rodaballo o un pez luna, por su cuerpo archirredondeado, puesto que sólo presenta un bombo globular y dos extremidades o apéndices, puntiagudo uno, trunco el otro. La "pomba" (dicho en "portugués") no permite en su fotolitografía decir sino que el pocillo o pebetero, rigurosamente circular o semiesférico, ocupa todo el cuerpo-zoomorfo. Sin embargo, el profesor Pal-

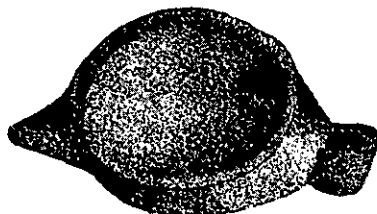
daof afirma que es una paloma y debemos respetar su autorizada opinión

Este arqueólogo, dando mayor amplitud al término *zoolito* que Von Ihering considera como *zoolitos* a todos los "*almofarizis*" (en libre traducción *almireces*) y en puridad *morteros, desgastadores, pebeteros*, etc. No da razón de sus dichos el tantas veces citado señor Paldaof y por lo mismo no podemos concebir que "*buraco*" sea sinónimo de *zoo*.

Finalmente, el técnico descriptor de la famosa Colección Barbedo da cuenta de una cabeza de onza, en material cal-



No. 5



No. 6

cáreo, de quinientos centímetros cúbicos, que fué hallada en una "*igaçaba*" (tinaja-urna) en San Gabriel en 1880. El mismo, sabe que el señor Francisco Furtado posee un ictiolito (y por lo mismo de piedra), procedente del Estado de Río Grande del Sud.

Como que, según Von Ihering, los minuanes avanzaron por el Norte de los lagos Miní y Guazú (Patos), este zoolomorfo aparecido en las márgenes del Río Vacaray, pudo pertenecer, como algunos de los habidos en el Uruguay, donde dichos indios invadieron y habitaron.

En consecuencia, si como queda dicho, las piezas esculturales arachanes ratifican a las minuanes, charrúas o gueñoas, estas últimas se demuestran por sí mismas y resultan axiomáticas, como en las matemáticas.

Luego los zoolitos riograndenses fueron hallados en la región meridional del Estado subbrasileño, en la patria de los arachanes, nuestros vecinos; es decir, los enemigos jurados de

los charrúas, con los que sostuvieron continuas y centenarias hostilidades, porque aquellos tupíes pretendían invadir los dominios de estos guaraníes...

Y nuestros valientes indígenas que disputaron palmo a palmo a los no menos guapos españoles el terruño que por posesión les pertenecía, no permitieron jamás, a los *hombres que veían nacer el día*, que avanzaran en sus territorios...

Por eso merodeaban (los arachanes) en las márgenes del Lago Miní, siendo dueños del Lago Guazú y de los canales de comunicación, prehistóricos Dardanelos... no obstante estar rodeados y "apretados", por los minuanes, a los que da Von Ihering una zona de dominación tan extensa como a los tapés, según su *Mapa Etnográfico*, que analizaremos en otra ocasión.

Luego, las esculturas zoomorfas de los arachanes comprueban, a mayor abundamiento, las piezas arqueológicas talladas por nuestros indios charrúas, minuanes, guenoas o chanaes, puesto que todos ellos alcanzaron grados paralelos de industriosa civilización.

Claro está que la etnografía fundamenta a la arqueología; por eso el precioso y erudito *Mapa Etnográfico* que acabo de mencionar, de toda la zona Sudeste (y parte de la central), de la América del Sud del ponderado autor Von Ihering, se hace necesario para la distribución o *geografía arqueológica* de esta parte del Continente (R. O. del Uruguay).

Zoolitos y antropolitos

Para escribir un capítulo sobre estos temas, busqué un símil o ejemplar en los maestros argentinos Ameghino, Moreno, Zeballos, Ambrosetti, etc., sin poderlo encontrar, hasta que tuve la fortuna de recibir un importante folleto de mi distinguido y malogrado amigo intelectual, el sabio señor Eric Boman, jefe de la Sección Arqueología del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, donde satisface mi deficiencia al res-

pecto. Yendo más lejos en nuestra búsqueda, tampoco la hubimos con los sabios extranjeros de quienes poseemos textos; ni Nadaillac en su erudita y copiosa *América Prehistórica*, de seiscientas páginas, tampoco se ocupa de antroplitos, aunque describe y exhibe en láminas, notables estatuas mejicanas, mayas, toltecas, peruanas, etc.; bien sabido es que, estatuas bizarras, admirables, no son *antropolitos*; que apenas llegan a *estatuitas*, por sus ínfimas dimensiones y por la rusticidad y brusquedad de su ejecución. Lo único que dice el clásico autor respecto a *antropolitos* es que "las figuras humanas en piedra; halladas en la América del Norte, debieron ser las divinidades adoradas por sus primitivos habitantes". "En Tennessee (sigue diciendo) se han encontrado por millares los *ídolos* de piedra: en esteatita, gres, terracota, estalactita". En este último mineral cita un fetiche de veinte pulgadas de alto con un peso de treinta y siete libras.

En Centro América numerosas figurinas de tierra cocida llamadas "mañecas".

El hombre cuaternario, dice Baye, poseía un verdadero arte, aunque diferente del neolítico. Consideraba al artista paleolítico, más o menos *artista*: grababa y esculpía, sin embargo, objetos y animales con experiencia y habilidad, al punto de que el consumado arqueólogo últimamente mencionado, pide permiso a sus lectores para decir que, el hombre cuaternario fué el primer "*realista*" en el arte.

Las primeras esculturas antropomorfas fueron descubiertas en Francia; Broca y Quatréfages las examinaron y, aunque grotescas, eran características.

Dichas imágenes, como las *bachas votivas*, como las ofrendas funerarias, como los amuletos de la época neolítica, presuponen ideas sobrenaturales en los hombres de aquellos tiempos...

Las representaciones humanas, como las demás "*feitico*", adoptadas para su culto entre los hombres neolíticos, sugieren un mismo grado intelectual y un mismo rito religioso... Sobre

todo las divinidades de figura humana se han constatado en todas partes donde se ha reconocido la era de la piedra pulida.

Luego, los hombres neolíticos practicaban ceremonias funerarias, levantaban monumentos, reverenciaban divinidades idolátricas y asociaban a éstas las *hachas simbólicas*.

Diversos tipos de insignias líticas, emblemas de mando o de carácter religioso procedentes de Chile, han sido descritas por artistas argentinos; rara coincidencia (y ya son siete conocidas), siempre el motivo es *la cabeza de un loro*... En Chile, como en todas partes, se asocian a las insignias rituales, las hachas pulidas denominadas "*toquis*".

Latchan, autor chileno, también describe varios *toquis*, casi del mismo tipo, aunque unas pulidas y otras sin pulir.

A una de ellas, propiedad del Museo de Santiago, la califica de fenomenal, porque tiene *cuarenta y ocho* centímetros de largo, diez y nueve de ancho y dos de grueso. Es pulida y de piedra pizarra. Y el autor tiene razón, porque entre las hachas insignias no he encontrado o conocido ninguna de mayor longitud; pero, en mi colección particular, poseo un *hacha* que sin poder asegurar que sea *cetno*, y por lo mismo simbólica, llega a dimensiones y peso monstruosos, como se verá: treinta y siete centímetros de largo, veinticuatro en su mayor ancho y ocho en gran parte de su espesor; pesa ocho kilogramos...! No habrá sido una *guillotina*, ni *rompecráneos*, ni tampoco un *dolabre*; pero sí un instrumento poderoso para masacrar..., manejable solamente a dos manos, constituyendo un especial *martinete* que hiende y aplasta las más duras substancias.

Las hachas llamadas "*celts crosse conique*" provienen de las Grandes y Pequeñas Antillas, habiendo producido Puerto Rico por centenares...

También en los Estados Unidos (Tennessee) en 1876, encontró Evans, en un túmulo, un hacha celt (de las que él mismo llama así) y tan perfecta que dice es el más bello ejemplar de piedra hallado en aquel país.

El mango y el cuerpo de estas *bachas insignias* forman una sola pieza.

Otro tipo de *bacha* se ha encontrado en Haití; más como se verá, es un verdadero *zoolito*, pues termina en una cabeza de mono, con orejas, ojos y una pronunciada boca o jeta, proyectada fuertemente debajo de una nariz rudimentaria. Mide veintitrés centímetros de alto, once de ancho y cinco de espesor.

El *Hacha de Huaycama*, descrita minuciosamente por Ambrosetti en memoria póstuma y por encargo de su malogrado colega el doctor Quiroga, es indudablemente a la vez, un importante *zoolito* que mide catorce centímetros de largo, cinco y medio de ancho y uno y medio de espesor. Toda la parte superior del hacha está ocupada por un felino. "Es admirable, dice el arqueólogo, el conocimiento que tenía el escultor del animal que modelaba".

Nadaillac, que tan copiosamente ha acumulado datos sobre América prehistórica, en su lujosa obra, sólo presenta entre sus 219 figuras intercaladas en el texto, *dos zoolitos*: un mamífero y un magnífico pájaro grabado en un tubo de piedra que acusa un aguilucho... debajo del que aparecen tres signos cabalísticos, en los que algunos autores han querido ver letras o caracteres...

Pero, el sapientísimo Squier dice que; "la civilización de los *mound-builders* no presupone hayan poseído *alfabeto*".

Los *zoolitos* de Mississipi, como los de Vermont, tienen agujeros de suspensión para pendientes o pendeloques, no obstante el considerable peso de algunos: hasta dos libras...

Luego, en todas partes, como en el Uruguay, los *zoolitos* y *antropolitos* son raros, son excepcionales...

Los millares de *ídolos* de Tennesse son a su vez, y en su género, también excepcionales por exceso. Y, hasta podría ser que, entre los pueblos prehistóricos ocurriera lo que como algunos históricos, que son piadosamente religiosos o supersticiosamente idólatras...



El señor Ameghino, en su gran obra *Antigüedad del Hombre en el Plata*, si no lujosa, sabrosa, de más de 600 páginas, dedica su primera parte (que es la mitad de ella) preferentemente a *Arqueología argentina*, con dos nutridos capítulos que abarcan 44 folios a *la uruguaya*. Sin embargo, en todo el libro apenas si hace alusión a *zoolitos* y *antropolitos*. Dice: ... "piedras labradas representando formas de animales fantásticos probablemente *ídolos*"... Y, nada más...!

Entre las 500 láminas o figuras del libro que comento, sólo una, únicamente una, representa un pequeño mamífero (que puede ser un "tucutuco"); pero el sabio se concretó a decir: "fué encontrado en el Cerro Pintado"... Nada más!...

Ya veremos más adelante que el maestro argentino no nos da ni dos palabras más sobre el tema.

Luego, si el gran y minucioso arqueólogo, teniendo a su disposición, y siendo de su conocimiento los multiplicados e inmensos Museos de su país natal, no ha podido desentrañar *zoolitos* ni *antropolitos*, será porque están lejos de abundar en la Argentina, como no aparecen en el Uruguay, sino por excepción.

Sobre todo en la Argentina, donde se busca, se investiga inteligente y asiduamente, es raro, muy raro, que no hayan aparecido mayor número de piezas arqueológicas zóomorfos y antropomorfos. No es, pues, extraño, que aquí en el Uruguay, donde somos pocos los diletantes y menos los husmeadores, solamente contemos con *cinco* zoolitos y un antropolito, conocidamente, tallados en piedra.

Faz zoomorfa — Medallón

(N.º 7)

Como queda dicho en capítulos anteriores, de los cinco o seis *zoolitos* conocidos en el Uruguay son *ornitolitos*, tres; *lacertolitos* o *ictiolitos*, uno, y dos *pendeloques zoomorfos*.

El quinto (zoolito), como se verá, representa una faz... un verdadero medallón en miniatura, puesto que esta estilización del arte glítico "ab indígena", es factible en la escultura prehistórica.

En una placa discoidal, casi circular, grotesca, muy visiblemente, aparece la imagen, la facha de un mamífero...

Como queda expresado, el cantíño en que está grabada la cara, es pequeño y como se verá por su descripción, repre-



N.º 7

senta una figura zoomorfa de una especie que, neológicamente denominada sería *mamamorfa*... Estoy orgulloso de que en mi modesta colección particular contenga una pieza tan excepcional, entre las excepcionales del arte petrolítico uruguayense.

El medallón, relicario fetiche que se examina, está esculpado en una lámina mineral de seis centímetros y medio de diámetro y casi cinco en mayor espesor de relieve.

¿Qué es, pues, el raro ejemplar a estudio? No lo podré decir con toda seguridad; pero, allá veremos... Que se trata de una pieza rarísima, fenomenal, más que aberrante, no cabe duda...

Debe haber sido un patrón de doble faz; pero, solamente estudiaremos una cara, sencillamente porque el objeto está roto a la mitad de abajo arriba. La faz existente debe concepcuarse evidentemente zoomorfa, repito: está circundada por un óvalo de grueso relieve, interrumpido por cuatro soluciones de continuidad: una que parte de la frente; abriendo el mentón, otra; y configurando las mejillas o pómulos una tercera y una cuarta.

Por más tarasca que sea la cara que se examina, cara la he reputado al designar las partes que la componen.

Dentro del óvalo abultado, y dentro de una fisura también ovalar, surgen tres gruesas protuberancias formando tripode, y separadas las dos superiores, paralelas entre sí, por una hendedura; y de la tercera e inferior, por un surco. Luego, aunque muy adefesiamente, las dos prominencias superiores podrían representar los ojos saltones y aplastados de un animal simbólico, que completaría su faz con un hocico chato...

Los señores E. Bomán y H. Greslebin, ya nombrados, han publicado recientemente un crudito estudio sobre *alfarearía diaguita argentina*, digno complemento de las profundas investigaciones del sabio Lafone Quevedo sobre el mismo asunto.

Estos especialistas se han ocupado preferentemente de la cerámica calchaquí *estilo draconiano*, que consiste en la representación de un *dragón*, con cabezas antropomorfas o zoomorfas.

Del mismo modo, el zoolito que se estudia aquí presentaría una cabeza zoomorfa, que representaría al carpincho...?

Los ojos voluminosos, aunque aplastados; el hocico trunco, formando a la vez, con los labios gruesos, una especie de jeta o trompilla.

Los arcos supraorbitarios, se ven continuados, después de las soluciones de continuidad que quedan expresadas, por el maxilar inferior, que está partido en el mentón por otra solución o por un hoyo de la piedra.

En las múltiples y extravagantes figuras exhibidas por Bormán y Greslebin del estilo draconiano, apraecen muchas de ellas más confusas, más inteligibles que el *rostro zoomorfo* que muestra la pieza que analizamos; y, sin embargo, no puede dudarse de las estilizaciones preconizadas; pues que son abonadas por la sabiduría y pericia de los citados autores.

Sigo creyendo que el *zoolito* que estudio era bicéfalo, y que, entonces, un surco central y otros cortantes, sostenían fuertemente el *amuleto* o *sceptre*; pero, creo también, que después de roto, siguió representando su mismo papel...

Entre los ejemplares arqueológicos que obtuve en el departamento de Maldonado (a mi entender genuinamente charrúas), figuran varios muy extraordinarios, dentro de su género y por la peculiaridad de su especie...

Entre ellos cuento al *zoolito* que acabo de describir, y que difiere mucho del *antropolito* del Museo Nacional y aun de los *zoolitos* en poder del doctor Gallinal, que representan un pájaro el primero y un reptil o pez el segundo.

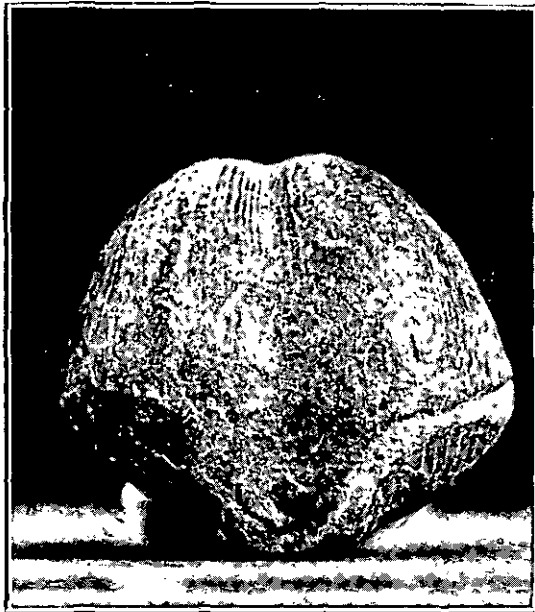
Por lo mismo, los escultores charrúas, como los guenoas, minuanes y arachanes, han dejado representaciones idolátricas o míticas como la originalísima motivo de este capítulo.

Amuleto zoomórfico

(N.º 8)

Describiendo uno de mis preciosos pebeteros (hace tiempo ya, más de 30 años), dije: "Estas observaciones se me ocu-

rren en presencia del *desgastador* N.º 20. Entre las piezas que me fueron sustraídas de mi colección, se fué el N.º 20, que, representa de la manera más acabada, un corazón”. Hoy tendré que parodiarme (si esto es posible) y repetir: En el *amuleto zoomórfico* que me propongo describir, los escultores indígenas no han tallado un animal; la cabeza, o por lo menos la cara y el pico de un ave rapaz. Este pico es grande relativamente; pero se extiende por casi toda la piedra, dejando



N.º 8

apenas lugar para el cóndilo único que poseen los estrígidos, como aves que son.

Además: el pico es abovedado, encorvado, y habrá sido muy acerado, según lo permite la sílice en que está tallada; pero, por haber sido agudísimo, está quebrado...

La fisura o sutura por donde el pico se une a la cabeza, está expresa y originalmente señalada; sigue todas las curvas y

sinuosidades del pico; pero, no hay duda que, al curioso lapidario, lo ayudó una veta también rara en los minerales síliceos.

El artista indiano se ha propuesto también abrir un marcado surco, que divide perfectamente los hemisferios o perfiles de la cara, que podría ser el símil de una lechuza...

El canal divisorio sigue desde la nuca hasta la punta de la nariz... que fué...

Este surco, necesario para colgar el pendiente, amuleto, desfigura un tanto el rostro de la cabeza de piedra; bien entendido que está interrumpido por toda la faz inferior; pero, el escultor primitivo tuvo que tener en cuenta que, por entonces, no se estilaban estuches para las joyas... debiendo llevarse colgando.

El pseudo zolito que examino es una pequeña "china" o almendrilla de piedra, que puede haberse semejado (antes de imponerle el trabajo secundario), a una nuez, por la forma global, por el color parduzco, y por las estrías que abundan en su superficie superior.

El modelador de esta cabeza zoomorfa, tuvo que construir el puente en que remata el borde inferior del pico, y lo hizo con el agregado de un flemón, que remata también en pliegues.

El amuleto o pendeloque, es una pieza pequeña en su género; el diámetro mayor sólo tiene treinta y tres milímetros.

* * *

He tenido a la vista la nómina de los trabajos profesionales (79) del profuso autor don Juan B. Ambrosetti, y parte del más aun abundoso tratadista don Florentino Ameghino (179) y no he dado con ningún estudio científico, ni del *follore*, que trate directamente de los amuletos o abalorios.

En rigor etimológico sólo significa (abalorio) *cuenta* o

collar, por lo mismo que trae su origen de cristal; pero es el caso que, no existiendo palabra indígena para denotar los relicarios, pendeloques, solitarios, que usaban los indios antes y después del descubrimiento de América, hemos tenido que echar mano de algún término, optando por *abalorio*, aunque provenga del árabe.

Sabido es que las diademas y collares indios eran dientes, valvas y cuentas de piedra, mientras no fueran trocadas por gotas de vidrio o "perolas" que, más brillantes y coloreadas, introdujeran los conquistadores.

Las cuentas de malaquita halladas en sepulcros de la provincia de Salta, son probablemente de construcción no muy antigua, tanto que han sido referidas a la época incaica y por lo mismo a la edad de los metales.

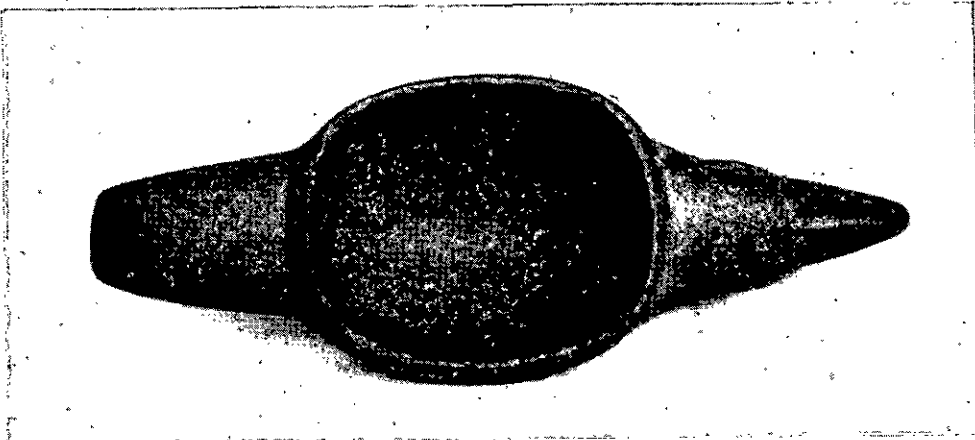
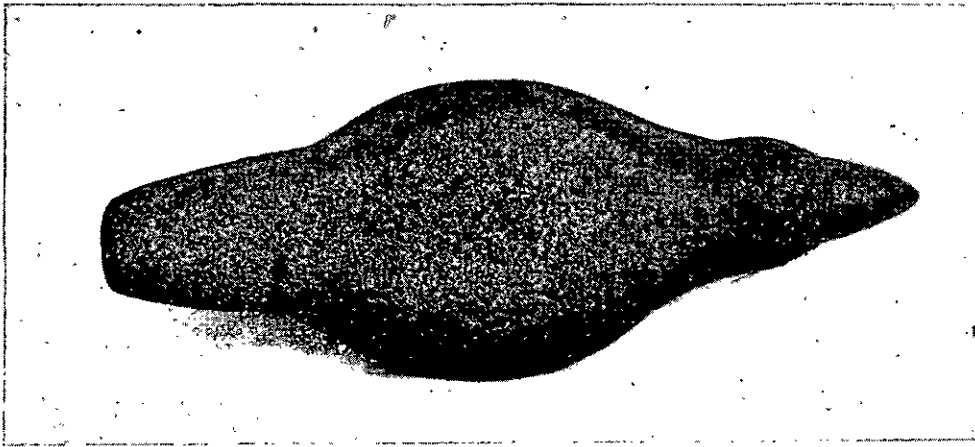
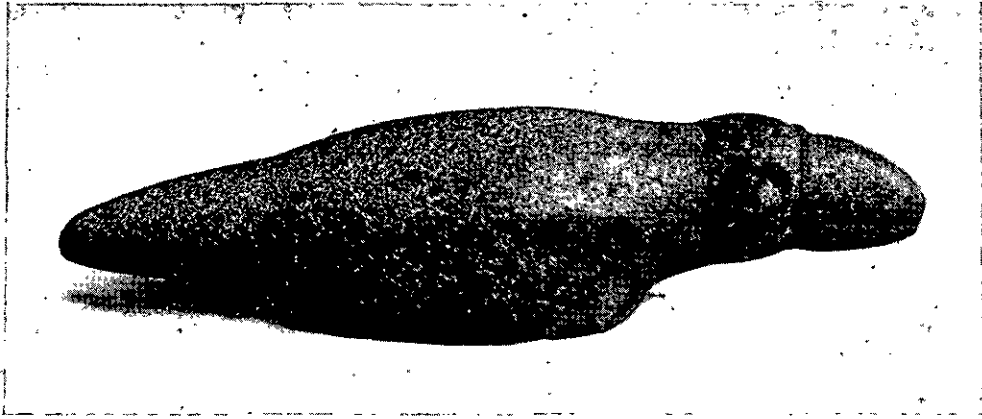
En los *abalorios* estudiados, no collares precisamente, por más que pudiéramos referirnos a los de cuentas de vidrio europeas que hemos extraído personalmente, ya descriptas al tratar de las Huacas Uruguayas, sino los relicarios, pendeloques, amuletos, talismanes, solitarios, que los preamericanos llevaban al cuello, en las orejas o en los tobillos, como símbolo de adorno, distinción o mando entre caciques, cacicas o "*cacipríncipes*".

(N.º 9)

El *zoolito del doctor Bañales* es una pieza espléndida, repito, de un mineral muy raro. Tiene un pocillo o pebetero muy amplio, tanto que sus paredes apenas tienen algunos milímetros de espesor.

Fué hallado en el departamento de Cerro Largo, cerca del río Tacuarí, en la estancia de don Toribio Larrosa. Al hacer un pozo, cachimba o jagüel, a unos cincuenta centímetros de la superficie del suelo, surgió...!

Por la parte inferior la pieza está esmeradamente pulida.



N.o 9. (1/2 del tamaño natural). (Clisés cedidos gentilmente por la Dirección del Museo de Historia Natural)

bruñida . . . debajo de la cola, de la garganta, y hasta las mejillas, comprendiendo todo el interior del pocillo o pebetero.

En contraposición, toda la parte superior del *zoolito*, no por la constitución del mineral, sino porque se ha propuesto el operador lapidario hacer intersticios que lo han tornado granujiento, criboso.

El pico u hocico (que las dos cosas podría ser), es corto (cinco centímetros), con un grueso de veintidós milímetros.

Los ojos, cóncavos, presentan siete milímetros de diámetro y son circulares.

La boca, señalada por una línea ovalada que se ve bien en una extensión de ocho centímetros.

El cráneo apenas tiene tres centímetros.

El cuello tiene de largo cinco centímetros, y su circunferencia alcanza a diez y siete centímetros.

Tiene un collarete en relieve que separa el cráneo del cuello y que se interrumpe por la parte inferior.

La cola es corta: siete y medio centímetros de largo y tres y medio de ancho; en forma de aleta chata.

Es extraordinario en este ejemplar lítico la gran concavidad que posee a modo de pocillo; pues que el pebetero tiene trece centímetros de longitud, diez y medio de latitud y cuarenta y ocho milímetros de profundidad.

El lomo del animal mítico que le sirve de fondo al recipiente, sólo tiene de espesor diez y siete milímetros, circunstancia que torna al adminículo completamente frágil.

Sabido es que los arachanes (pueblo que ve nacer el día), ocupaban el Sur de Río Grande del Sur, en tiempo del Descubrimiento, de la Conquista y del Coloniaje, y se extendían por las riberas del lago Miní, desde muy antes . . .

Ahora bien: si el riacho San Luis, es la vía más importante que desemboca en el Merín, la más cómoda, la más tranquila, porque no tiene corriente la mayor parte del año, puede haber sido aprovechada por las tribus que habitaban en sus

márgenes, fueran éstas históricas, protohistóricas o prehistóricas.

Luego, los indios "encrespados" (arachanes) han usufructuado los *túmulos*, *mounds*, o "cerritos" que abundan por aquellos parajes en las cercanías de los ríos, arroyos, bañados, estercos, y en las riberas de dicho lago.

Las obras o *monumentos arqueológicos* de tierra: "*mounds*", *albardones*, *islas artificiales*, etc., no fueron contruídos por los bravíos arachanes, dignos émulos de los charrúas, porque su estado embrionario de civilización no correspondía al de los *mounds-builders* norteamericanos, que se calcula, erigieron sus obras similares hace un millar de años; pero sí, pudieron aprovechar los túmulos como enterratorios, cementerios o "huacas".

Lo que no será aventurado establecer, es que, la estatuaría lítica que se observa en nuestra frontera del Este, puede ser del "pueblo que veía venir el día", por lo mismo que no nos consta que ninguna otra familia india haya estado estacionada por aquellos parajes... salvo la minuana que, según Von Thering, se introdujo por el hoy Estado de Río Grande del Sur, hasta muy al centro...

No es el caso de hacer réplica al sabio etnoarqueólogo recién nombrado; pero, los minuanes que invadieron el territorio uruguayo antes que el brasilense, en el segundo cuarto del siglo XVIII, y lo transformaron, haciendo obra de conquista verdadera, puesto que se refundieron con los charrúas (señores de este suelo), no tuvieron por cierto, tiempo suficiente para introducirse tan adentro en el Brasil...

Además: dada la gran cantidad de *zoolitos* que figuran en las colecciones portoalegreses (de pueblos o tribus no más adelantadas que los arachanes), puede inferirse que el "*repetolito*", proveniente de San Luis, y el ornitolito de Tacuarí, son productos de los arachanes...?

La pieza zoomorfa recientemente hallada es excepcional por la finura y delicadeza de su esculturación.

Este rarísimo ejemplar prehistórico tiene de largo treinta y un centímetros; su ancho, once, y el alto o espesor del bloquecillo en que está formado, seis y medio centímetros.

Como se ve, y como estaba anticipado, esta pieza petrolítica es superior en dimensiones a su símil el "yacuré", de San Luis. También es soberanamente soberana en su lapidaria o escultura.

El *zoolito* no representa escamas como los saurios; pero sí, el lomo está expresamente cribado por intersticios que representarían las pústulas del dragón, si aparecieran aletas o crestas...

Tres ornitolitos existentes en el Museo Nacional de Río de Janeiro

Al señor Director del Museo Nacional de Río de Janeiro, doctor Roquette Pinto, solicité y me envió, tres ornitolitos que paso a describir:

N.º 10. — Lleva el N.º 5440 de dicho Museo. Es de diorita. De largo tiene doscientos setenta y cinco milímetros; de ancho, diez y seis centímetros.

Pesa un kilogramo, setecientos treinta y un gramo.

Procedencia: Sambaquís de Santa Catalina.

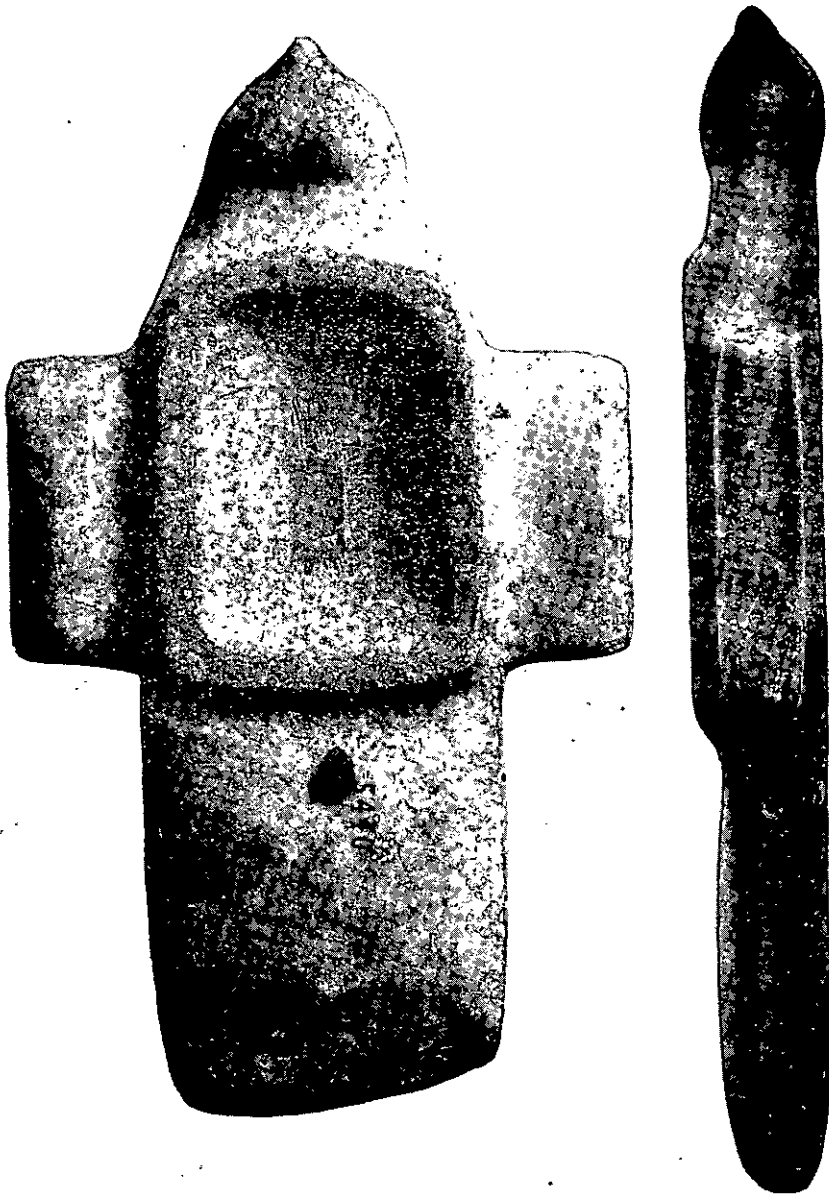
N.º 11. — Lleva el N.º 10906 de dicho Museo. De largo: doscientos milímetros; de ancho, ciento treinta milímetros.

De peso: un kilogramo seiscientos setenta y cinco gramos.

Procedencia: Sambaquís de Santa Catalina.

N.º 12. — Pieza de diorita. Desde la cola hasta el pico: ciento cuarenta y cinco milímetros. Lleva el N.º 5891 del Museo Nacional.

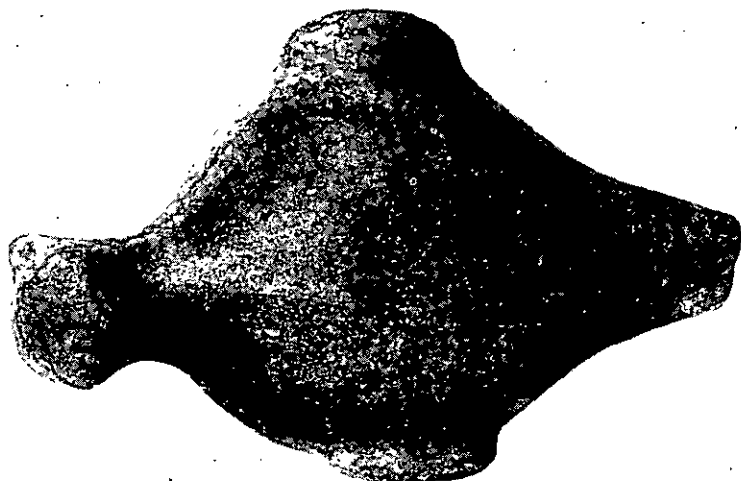
Procedencia: de los sambaquís de Santa Catalina.



No 10

Frente

Perfil



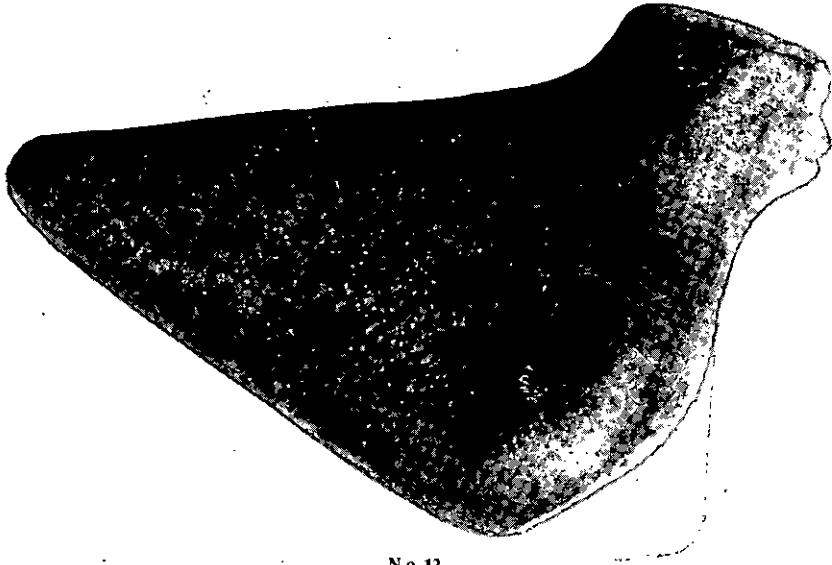
No 11. — Frente



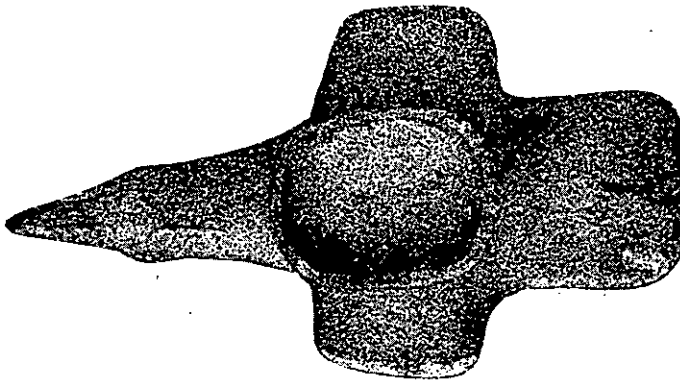
No 11. — Perfil

Agradezco como debo la atención del señor Director del Museo Nacional de Río de Janeiro.

El que lleva el N.º 13, es un ornitolito que tiene de



N.º 12



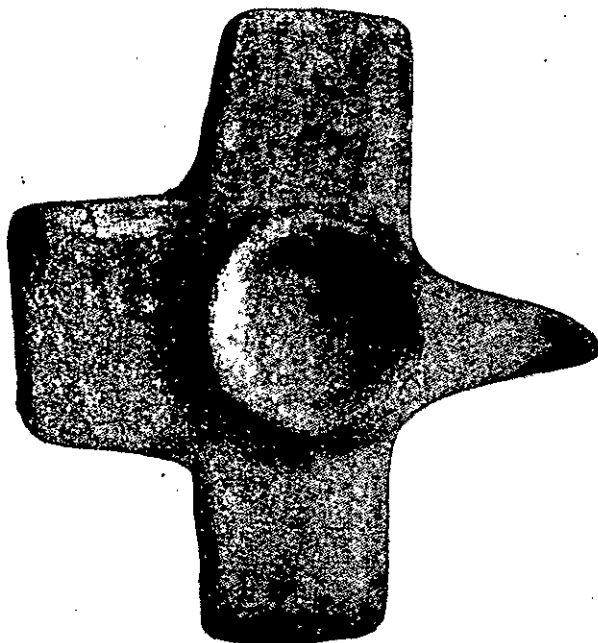
N.º 13

largo ciento veintiún centímetros y veinticuatro centímetros de ancho.

Procede también de Río Grande del Sur.

N.º 14. — Un pájaro de piedra: un ornitolito. Tiene de

largo doscientos cinco milímetros; de ancho, doscientos veinte centímetros y de espesor cincuenta y tres centímetros.



N.º 14. — Frente



N.º 14. — Perfil

En su centro se halla una gran cavidad.
Es también del Estado de Río Grande del Sur.